

Conferencia

Tendiendo puentes: ¿puede la sociología aportar y beneficiarse de los estudios demográficos?¹

Jorge Rodríguez

Los puentes entre sociología y demografía serán el objeto de esta exposición, que se centrará en algunos asuntos particularmente ilustrativos de tales nexos. Articularé la presentación en torno a dos grandes temas. El primero corresponde al uso intensivo de teorías sociológicas por parte de la demografía, lo que ilustraré con la interpretación de dos procesos demográficos de larga duración. El segundo corresponde a una peculiar manera de entender los procesos de determinación en demografía, las denominadas variables intermedias, que considero útiles para el análisis sociológico, tal como intentaré demostrar con el examen de dos asuntos sociodemográficos relevantes en la actualidad: la maternidad adolescente y la segregación residencial socioeconómica.

Partamos por el proceso de larga duración (para usar el concepto del historiador francés Fernand Braudel) demográfico más conocido. Se trata de la denominada transición demográfica. Su núcleo –la baja sostenida de la mortalidad y de la fecundidad– se puede expresar en una figura simple como la que se muestra en la lámina 1. Esta descripción estilizada tiene una implicación epistemológica fundamental, cual es la de pasar desde un proceso histórico concreto –con sus matices, complejidades e irregularidades– a un concepto-figura que procura capturar la regularidad representada por las curvas del dibujo o, incluso más, a una teoría que intenta explicar los fundamentos de dicha regularidad. Sabido es que la parsimonia y la elegancia seducen a muchos científicos sociales. Y expresar un proceso histórico aparentemente universal en un par de curvas es muy atractivo, más aún si éstas tienden hacia el equilibrio y el área entre ellas tiene una interpretación sustantiva en términos de crecimiento demográfico.

Son muchos los vínculos que hay entre este proceso demográfico de larga duración y la sociología. Esquemáticamente pueden diferenciarse en dos bloques: las modificaciones sociales que éste implica, y los fundamentos sociales de dicha transición. Sólo me referiré a estos últimos y cómo la sociología participó en la elaboración de lo que podríamos denominar “la teoría de la transición demográfica”.

¹ Conferencia inaugural del año académico de la Escuela de Sociología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 12 de abril de 2006.

Para la mayor parte de los asistentes no resultará rara la afirmación de que la conocida “teoría de la modernización” fue el principal sostén de la teoría de la transición demográfica. Hay una similitud formal entre ambas, pues plantean la existencia de una misma secuencia: desde una situación tradicional (la mortalidad y fecundidad altas en el caso de la transición demográfica) a una moderna (la mortalidad y fecundidad bajas en el caso de la transición demográfica). Pero el nexo es más profundo, pues según la teoría de la transición demográfica sus causas se encuentran precisamente en el proceso de modernización.

En efecto, poderosos argumentos y piezas de evidencia apuntan a que, por diferentes mecanismos, los componentes más significativos de la modernización económica y social promueven el descenso de la mortalidad y la fecundidad. Concentrémonos en los efectos sobre la fecundidad, que son más sugerentes para el tema de esta exposición. En términos estructurales, la urbanización, la industrialización y la asalarización reducen los incentivos para tener una familia numerosa y, en cambio, elevan los costos de una prole cuantiosa. En términos institucionales, la extensión del sistema escolar y el establecimiento de la seguridad social erosionan dos de las fuentes de valor económico de los hijos más poderosas (mano de obra barata y seguro para la vejez). En términos culturales, la secularización y la extensión de la racionalidad instrumental facilitan un proceso de decisiones reproductivas autónomo y basado en el control deliberado y no en el fatalismo religioso o comunitario. Y en términos tecnológicos, los avances en materia de medios anticonceptivos artificiales permiten concretar con mucha mayor precisión los ideales de hijos a tener, por lo demás mucho más bajos por la acción de las fuerzas estructurales antes descritas.

Junto a todos estos factores, otros varios asociados a la modernización pero más transversales –como la hegemonía de la familia nuclear, las modificaciones en las relaciones de género y la misma reducción de la mortalidad infantil– se conjugan para llegar a un resultado único: una fecundidad descendente hasta niveles históricamente bajos.

Fue tal la imbricación entre ambas teorías, que incluso en plenos años setenta, cuando la teoría de la modernización ya hacía agua por todos sus costados, estaban en auge las investigaciones empíricas para hallar algo así como los coeficientes de la relación. Ansley Coale, uno de los más reputados demógrafos del siglo XX, se quejaba en un artículo clásico de 1973 (*La transición demográfica*), que el único problema con la relación entre modernización y transición demográfica es que no se había construido aún un índice de modernización capaz de anticipar con precisión el momento de inicio de la transición (“nivel gatillante”).

Atendiendo a esta observación de Coale, en otro trabajo clásico, esta vez elaborado en 1987 por las Naciones Unidas (*Fertility Behaviour in the context of Development. Evidence from the World Fertility Survey*), se hizo un esfuerzo sistemático por construir un índice de desarrollo socioeconómico y relacionarlo (junto con otros factores como el geográfico-cultural y el político) con la paridez de las mujeres captada en la Encuesta Mundial de Fecundidad (WFS). Aunque los autores eran conscientes de la imposibilidad lógica de llegar a relaciones causales a partir de datos transversales (es decir, de un solo momento), lo anterior no impidió que concluyeran que (pp. 381 y 382): a) *WFS confirma la inevitabilidad de la transición demográfica*; b) *los efectos de la modernización están claramente re-*

flejados en los resultados de la encuesta; c) los resultados de ese estudio dan un fuerte apoyo a la hipótesis de la difusión.

Este último punto es de particular importancia porque ilustra sobre las implicaciones teóricas imprevisibles de la investigación empírica. Justamente un estudio destinado a cuantificar el efecto de las condiciones estructurales sobre las conductas individuales condujo a fortalecer la hipótesis de la difusión, que releva las dimensiones ideológicas, valóricas y simbólicas por sobre las materiales en lo que a determinación de conductas individuales respecta. De hecho la principales inferencias de esos estudios fueron que: *una teoría de la transición umbral (es) cuestionable y que la diversidad de escenarios políticos y la adaptabilidad de la cultura a los procesos de modernización hacen que también las configuraciones demográficas que se observan en “los países en desarrollo” sean diferentes a los observados en los países desarrollados cuando esos países han alcanzado un estado similar de desarrollo.*

Ahora bien, la transición demográfica es ya historia, a lo menos en la región. Si bien no está acabada y en varios países de la región se encuentra en fases más bien incipientes (tal como se muestra en la gráfica), la verdad es que la experiencia de los últimos 20 años conduce a ratificar el hallazgo de la inevitabilidad de esta transición, con sus matices y especificidades territoriales y culturales, que encontró el estudio de Naciones Unidas antes mencionado. Dentro de estas especificidades, en la región destaca la desigualdad que aún es marcada tal como muestra el capítulo de población del *Panorama Social de América Latina 2005*, de la CEPAL (<http://www.cepal.org/publicaciones/>).

Los autores de la teoría de la transición demográfica siempre tuvieron claro el punto de partida, pero elucubrarón sobre el punto de llegada. En general, y muy en la línea con el pensamiento funcionalista que subyacía a la teoría de la modernización, se daba por sentada la operación de un principio de homeostasis que llevaría a un nuevo equilibrio de bajo crecimiento, pues no se concebía la posibilidad de un decrecimiento demográfico a largo plazo. Sugerentemente, este supuesto se extendía hacia otros terrenos netamente sociológicos y claramente relacionados con la reproducción, como la familia, respecto de los cuales también se planteaba el logro de ciertos equilibrios estratégicos, ejemplificados en el planteamiento de William Goode (1963 y 1993) sobre el carácter de pilares sociales a largo plazo de la familiar nuclear y el matrimonio formal (hipótesis que se revelaron miopes, como veremos más adelante). Por cierto, dicho equilibrio no significaba estabilidad y el mismo Goode pronosticaba un aumento de las tasas de divorcio con la modernización (hipótesis que sí se verificó).

El supuesto límite de contención para el descenso de la fecundidad estaba situado, en torno a 2 hijos por mujer, ya que uno de los hallazgos más difundidos de la demografía formal sintetizada por Alfred Lotka durante la década de 1930 fue el denominado nivel de reemplazo de una población, que dependía exclusivamente de la fecundidad y su valor se situaba, usualmente porque estaba ligado al nivel de la mortalidad, en torno a 2,1 hijos por mujer. Como atribuir a una suerte de instinto de supervivencia de la especie la capacidad de influir decisivamente en las conductas individuales resultaba “científicamente impertinente”, los argumentos para justificar este punto de contención fueron más elaborados, destacando dentro de ellos el de “racionalidad acotada” (por el cual Herbert Simon recibió el premio

Nobel de Economía en 1978), según el cual los cálculos relacionados con cuántos hijos tener realmente comienzan luego de superar un nivel determinando culturalmente (que serían los dos hijos).

Las tendencias de la fecundidad verificadas desde los años setenta en los países desarrollados erosionaron completamente el supuesto de homeostasis y fue evidente que la transición demográfica continuaba más allá del supuesto límite de contención. En ese marco surgieron algunos autores como Dirk van de Kaa y Ron Lestaege, que a mediados de los años ochenta se alzaron por sobre los acotados indicadores demográficos y juntaron tendencias sobre asuntos que, a lo menos, podríamos denominar sociodemográficos. Y de esa amalgama surgió la actualmente denominada “teoría de la segunda transición demográfica”. De manera muy escueta, esta teoría se concentra en el ámbito reproductivo-familiar y sostiene que la continuidad de la primera transición demográfica no es un mera postransición que se termina cuando deje de caer la fecundidad, sino que es una segunda transición demográfica, uno de cuyos elementos constitutivos es la incertidumbre respecto del límite para el descenso de la fecundidad, pero que no se agota allí, porque también se relevan transformaciones respecto del calendario de la fecundidad y el contexto familiar en que se tienen los hijos, tal como se aprecia en las figuras (Láminas 2, 3 y 4).

Y nuevamente los marcos de referencia para esta teoría de la segunda transición demográfica provienen de la sociología, como se describe (Lámina 5). En primer lugar de la teoría de la modernización reflexiva –para usar una expresión que sin duda aceptarían Ulrich Beck y Christoph Blau y muy probablemente Anthony Giddens–. A continuación de la teoría de la sociedad posindustrial o de la posmodernización –donde conviven enfoques tan distintos como los propuestos por Daniel Bell y por Ronald Inglehart. Luego de la teoría de los regímenes de bienestar –en particular el enfoque triádico propuesto por Gosta Esping-Andersen (tres modalidades de regímenes de bienestar: corporativo/tradicional, liberal/anglosajón; socialdemócrata/sueco; y tres instituciones relevantes: Estado, mercado y familia). Y, finalmente, de la teoría de las relaciones sociales de género.

Los títulos de un par de artículos de Dirk van de Kaa son elocuentes al respecto: *Postmodern Fertility Preferences* (2001) y *Is low fertility post-modern?* (2000, de sólo 3 páginas). Por cierto, lo primero que hace este autor en tanto demógrafo es declarar su confusión por la ambigüedad y polisemia de vocablo posmoderno. Y luego, siguiendo mucho más a Inglehart que a Lyotard, procede a definir empíricamente los valores posmodernos, a medirlos con la ayuda de la Encuesta Mundial de Valores (que incluye a Chile) y a relacionar estadísticamente su índice de “posmodernidad cultural” con indicadores parciales y sintéticos de la segunda transición demográfica.

Para efectos de esta exposición, los resultados obtenidos por el profesor Van de Kaa son irrelevantes, no así su aproximación. Aunque ésta sigue siendo cuantitativa y positivista, la relación ya no se establece entre la estructura socioeconómica y los comportamientos sino entre los “síndromes valórico-culturales” y las conductas. Aunque no se descartan relaciones entre los síndromes ideológicos y el sustrato material, en modo alguno se dan por descontadas y, en general, predomina la hipótesis de una gran autonomía relativa de lo cultural. En rigor, esto no debiera resultar extraño en sociedades que se denominan “del conocimiento” y en las

cuales los analistas y operadores simbólicos junto a los empleados en servicios superan largamente a los trabajadores industriales, manuales y de la tierra.

Pero profundicemos el análisis. ¿Cuáles son las explicaciones que las tres teorías sociológicas antes mencionadas brindan para entender la segunda transición demográfica?

En primer lugar, la teoría de la modernización reflexiva propone un encadenamiento que parte de la noción misma de reflexividad institucional que, según Giddens (*Modernidad e identidad del Yo*, pág. 295), es la “incorporación rutinaria de conocimientos o información nueva a los entornos de acción, que de ese modo se reorganizan y reconstituyen”, lo que lleva a la crítica y revisión permanente de toda obra humana, conduciendo a la erosión de las instituciones (relatos según una lectura posmoderna más ortodoxa) de la primera modernidad encargadas de brindar seguridad ontológica: la familia nuclear, el estado-nación y su acción de bienestar, el trabajo basado en el sistema de relaciones industriales, y la ciencia (Beck y Lau, 2005:527). El resultado social de este proceso es la emergencia de nuevos riesgos (cada vez más “fabricados por la misma humanidad”) e inseguridades. En el campo demográfico, el corolario de esta cadena es una creciente dificultad para asumir compromisos a largo plazo (como tener hijos y formar pareja) por la incertidumbre respecto del futuro.

Por otra parte, la teoría de la modernización reflexiva identifica a la ambigüedad como su signo, al punto que Beck y Lau (*Second modernity as a research agenda*, 2005, pp. 527-528) proponen diferenciar la primera y la segunda modernidad mediante la distinción entre dos principios ordenadores: “esto o aquello (*either/or*)”, típico de las certezas y diferenciaciones precisas y estrictas de la primera modernidad, contra “esto y aquello (*both/and*)” típico de las ambivalencias, la diversidad, las mixturas y la tolerancia de la modernidad reflexiva. En tal contexto es obvio que dicotomías “demográficas” modernas como casado/no casado; tu hijo/mi hijo; tu familia/mi familia; padre/madre pierden sustento y se pasa a situaciones más complejas, sea por creciente y cada vez más aceptada diversidad, emergencia de nuevas categorías o por novedades tecnológicas. El corolario demográfico de estas nuevas coordenadas sociales es una creciente validación de la pluralidad que contrasta con la pérdida de relevancia de las instituciones y las conductas “demarcatorias” como el matrimonio y la maternidad.

Por último, la teoría de la modernización reflexiva reconoce la preeminencia del proyecto individual en el marco de la crisis de los metarrelatos, y aquello conduce, de manera más bien directa, a un cuestionamiento de todos los factores que pudieran considerarse obstáculos para el desenvolvimiento del proyecto biográfico, en particular los compromisos con “otros”. Y considerando que desarrollar la biografía individual en las sociedades posindustriales implica una alta inversión, el corolario demográfico de este predominio del Yo es la postergación de decisiones cruciales (como formar familia y tener hijos) y la extensión del período de moratoria y de acumulación individual, vale decir, el retraso de la edad a la que se forma familia y se tienen hijos.

Si a lo anterior se le añade el planteamiento, asociado a la investigación más bien empírica de Ronald Inglehart (*Modernization, cultural change, and the persistence of traditional values*, 2000), de que a grandes rasgos la industrialización en cual-

quiera de sus formas (material o informacional) se asocia a un cambio cultural, y que éste significa el reemplazo de valores y normas absolutos por valores crecientemente racionales, tolerantes, autoexpresivos y posmodernos (en el sentido que se valora más la calidad de vida y el bienestar subjetivo que la seguridad económica y física), se colige que las personas tienen cada vez más espacios para adoptar autónomamente y diversamente decisiones que antes eran más bien “impuestas” en algún momento de su vida (como casarse y tener hijos).

De nuevo, Van de Kaa lo expone claramente: “...*las metanarrativas del progreso social post-modernas, de modernidad tardía o modernidad reflexiva (sic) parecen haber perdido su atractivo ...Nuestras sociedades ...recientemente desordenadas.... los individuos se dedican a sus propios asuntos y ponen sus propias prioridades. Desde el punto de vista de la demografía esto implica que han llegado a ser libres para elegir si tener hijos y cuándo, si dentro o fuera del matrimonio o si casarse, cohabitar o permanecer solteros* (2002:15).

Así las cosas, los demógrafos de los países desarrollados –luego del trauma inicial que provoca para un no iniciado la lectura de un texto de teoría sociológica (normalmente por culpa de los sociólogos)– ya eran usuarios intensivos de la teoría sociológica cuando evidencia novedosa los hizo recurrir a sociólogos adicionales, entre ellos Gosta Esping-Andersen.

Las razones fueron al menos dos. La primera estuvo dada por el hundimiento estrepitoso de la fecundidad en varios países de Europa, en particular del Oriente y del Sur (niveles inferiores a 1,5 hijos por mujer). Ni los teóricos de la modernidad reflexiva ni los de la sociedad posmaterialista anticiparon aquello. No hay argumentos para imputar una mayor modernidad a dichos países así como tampoco la evidencia sistematizada por Inglehart los posiciona como “particularmente posmaterialistas”. Incluso más, los países de Europa meridional tienden a ser más tradicionales o al menos más “familistas” que el resto. Por cierto, la debacle del socialismo real y el fantasma de la inseguridad vital que asolaron a Europa Oriental durante buena parte de los años noventa podrían explicar la abrupta caída de su fecundidad. Pero de todas formas los casos de España, Portugal e Italia resultaban asignaturas pendientes, lagunas teóricas.

La segunda razón fue la inversión de lo que se consideraba una ley de hierro, específicamente la que describía una relación negativa entre la participación laboral femenina y el nivel de la fecundidad. Aunque se trate de una relación agregada (lo que cuestiona razonamientos causales por el riesgo de caer en falacia ecológica), lo cierto es que de correlaciones negativas del orden de 0,7 a finales de los años sesenta (22 países industrializados) se pasó a correlaciones positivas del orden de 0,6 a mediados de los años noventa (Rindfuss y otros, *The changing institutional context of low fertility*, 2003). Nuevamente los países de Europa meridional estaban en la base de esta mutación, pues –teniendo los menores niveles de participación laboral femenina– registraban los menores índices de fecundidad.

Y para explicar ambas situaciones, la noción de régimen de bienestar y sus tres pilares propuesta por Esping Andersen es útil, porque alumbrá parcialmente el contraste entre el “tradicional” sur de Europa con baja fecundidad y el moderno norte de Europa, con fecundidad más alta. Es el desempeño del Estado y de sus mecanismos de protección y promoción el que hace la diferencia. Mientras que

para los escandinavos el tener hijos es amparado a través de múltiples mecanismos institucionales —no sólo a través de subsidios monetarios, que en general tienen efectos marginales sobre las decisiones reproductivas, sino también mediante redes de apoyo y generosas licencias maternales y paternales— para los europeos del Sur tal apoyo es mucho menor y se da por descontado que será complementado por la red familiar. Pero precisamente ésta ha sido desgastada por la misma modernización. En suma, tener hijos es más complejo en estas sociedades.

Ahora bien, la contribución de Esping-Andersen no basta para dilucidar el asunto. Es necesario recurrir a una lectura renovada de las relaciones de género para avanzar en su entendimiento. Lo que ocurre es que otra ley de hierro se ha roto. Se trata de aquella que planteaba que la equidad de género era el mejor anticonceptivo, porque en igualdad de condiciones de género, las mujeres no aceptarían asumir una responsabilidad anclada en la biología y que conspira contra sus proyectos de vida. El razonamiento excluía una posibilidad, cual es la de repartición más equilibrada de las tareas de la crianza (respecto de la “responsabilidad biológica” asociada a la tenencia de útero todavía hay poco que hacer). Y esa opción, mucho más extendida en Escandinavia que en Europa del sur, aunque todavía lejos de una equidad total, parece ser clave para las decisiones reproductivas de unos y otros. El involucramiento masculino en la crianza parece ser un factor que inhibe el descenso de la fecundidad.

Por cierto, el discurso seguido hasta ahora no pretende dar una falsa imagen de “sociologización” de la demografía. Los factores económicos tanto a macro como a microescala tienen un peso decisivo para comprender la segunda transición demográfica. Todavía hay incógnitas no despejadas con el análisis sociológico previo (por ejemplo, porque en los países con modelos de bienestar liberales se registran niveles de fecundidad por sobre la media de los países desarrollados). Y por sobre todas las cosas, tanto las teorías demográficas como las sociológicas que procuran explicar el mundo desde la experiencia de las sociedades afluentes debe mostrar validez y pertinencia para los países en desarrollo, en particular para América Latina.

De hecho, numerosos científicos sociales de la región han sido seducidos por esta noción de segunda transición demográfica: por ejemplo, está presente como eje central de la agenda temática de la Red Latinoamericana de Estudios de Familia. Si bien el antecedente de la transición demográfica clásica y su capacidad de diseminación global refuerza el atractivo de la segunda transición demográfica, me inclino a pensar que su magnetismo se basa principalmente en su vinculación directa con marcos conceptuales poderosos y muy actuales, como los antes expuestos, y que tienen la pretensión de estar en la vanguardia teórica.

Pero hay que prevenir, como siempre, respecto de la pertinencia de las importaciones conceptuales y de los riesgos de la impostura teórica. En esa línea, al menos tres prevenciones (Lámina 6) cabe hacer a los interesados en usar este marco de referencia para examinar la realidad latinoamericana o chilena. La primera es que prácticas posmodernas en los países desarrollados pueden resultar tradicionales o subalternas en los países en desarrollo; las uniones consensuales son ilustrativas al respecto. La segunda es que la desigualdad económica endémica de América Latina y de Chile puede generar coexistencia de transiciones y diferentes sentidos para un mismo epifenómeno. El caso de la convivencia vuelve a resultar ilustrativo

("posmoderna" entre jóvenes de estrato alto; tradicional o circunstancial en el caso de los jóvenes de sectores populares), pero el mismo razonamiento puede aplicarse a una iniciación sexual temprana, a la permanencia en el hogar de origen hasta los 30 años, o al retraso en la unión. Por último, el énfasis en la ampliación de las opciones, la extensión de la racionalidad comunicativa, y el fortalecimiento de la equidad de género pueden resultar logros ajenos para una parte importante de los latinoamericanos que, siguiendo los planteamientos de Inglehart, están más preocupados de la sobrevivencia que de la autoexpresión y el bienestar subjetivo.

Pasemos rápidamente ahora al segundo componente de esta presentación. Se trata del enfoque de las variables intermedias y de sus potencialidades analíticas y de política (Lámina 7).

La noción misma de variable intermedia fue elaborada por un grupo de sociólogos encabezados por K. Davis, J. Blake y R. Freeman, el que investigó profusamente los aspectos sociales de la reproducción humana. Sus investigaciones fueron insumos cruciales para los programas masivos de planificación familiar implementados desde la década de 1960 a través del mundo.

La idea básica es sencilla y es muy fácil de ilustrar con variables demográficas en particular la fecundidad, tal como se presenta en lámina 8. La fecundidad, captada en este caso como el evento de tener un hijo, es un resultado directo y mecánico de una escalera de posibilidades, acontecimientos y decisiones previas. De manera simplificada, el peldaño inferior es la capacidad biológica de procrear, seguido de la formación de una unión con pretensiones reproductivas, que es sucedida por una actividad sexual que debe darse bajo ciertas condiciones para tener posibilidad de engendrar, entre ellas una que se considera peldaño aparte y superior, cual es el uso de anticonceptivos. Si se avanza todos estos pasos y se logra la concepción, todavía restan nueve meses para llegar al resultado final de la escalera, existiendo, entonces, un último escollo, que corresponde al aborto (espontáneo o inducido) y al mortinato.

Ahora bien, todos estos eslabones dependen de otros factores, que suelen ser los que interesan a los sociólogos y que podríamos denominar genéricamente variables subyacentes. Se trata de las condiciones socioeconómicas, de los atributos étnicos y de los rasgos subjetivos de las personas (actitudes, orientaciones de valor, religiosidad, etc.). Pero es evidente que ninguno de estos factores afecta directamente la probabilidad de tener un hijo. Su efecto existe y es el relevante en última instancia, pero es indirecto, pues actúa mediante las variables intermedias (retrasa la unión, favorece el uso de anticonceptivos, inhibe la iniciación sexual temprana, etc.).

Examinar los procesos de determinación en términos de variables intermedias no persigue sólo ordenar el análisis. Es fácil inferir que tiene implicaciones de política poderosas. En efecto, para un tomador de decisiones siempre hay dos caminos posibles: actuar sobre las variables intermedias o actuar sobre las variables subyacentes. La intervención sobre estas últimas es compleja y costosa pero normalmente deseable (aumentar la educación, el nivel de vida, etc.). Sin embargo, tiene una objeción mayor para los políticos y las sociedades: sus resultados son inciertos y, sobre todo, demoran mucho tiempo en hacerse sentir. En cambio, la intervención directa sobre los determinantes próximos (por ejemplo: incentivando el retraso de

la unión y de la iniciación sexual, promoviendo el uso de anticonceptivos, liberalizando el aborto, etc.) tiene efectos inmediatos.

Lo anterior presupone, por cierto, que las variables intermedias pueden ser objeto de intervención programática y deliberada mediante expedientes diferentes a la modificación de las variables subyacentes (por ejemplo, campañas mediáticas o educativas, ampliación de servicios de salud sexual y reproductiva, subsidio a anticonceptivos en el mercado, leyes de elevación de edad al matrimonio o legalización del aborto).

A continuación se mostrarán un par de aplicaciones prácticas de este enfoque, las que han sido efectuadas en el marco de investigaciones llevadas a cabo por quien expone durante los últimos 2 años.

En primer lugar, está la fecundidad adolescente que preocupa, porque tiene efectos adversos en varios planos: es refractaria al descenso, es muy desigual según grupos socioeconómicos y está mutando de contexto con un aumento considerable de la maternidad temprana en condiciones de pareja precarias o inexistentes (Láminas 9 y 10). Un rápido análisis empírico de esta fecundidad permite caracterizarla como muy culturalmente dependiente y con procesos de determinación específicos, diferentes a los de la fecundidad total (Láminas 11 y 12). Y finalmente a la hora de investigar cuantitativamente hay que modelar y hacer abstracciones con lo que se llega a una figura como la que se presenta en lámina 13, que combina variables subyacentes y variables intermedias.

Y lo que dicen los resultados de los modelos (CEPAL, 2005) es que tanto la iniciación nupcial y/o sexual temprana como la ausencia de uso de anticonceptivos influyen decisivamente en la probabilidad de ser madre adolescente (otras variables intermedias, como la esterilidad, no son relevantes en promedio). Y aquí se transita desde el campo técnico al político ideológico, porque actuar sobre una u otra variable intermedia divide posiciones, aun cuando no hay razón para descartar una intervención conjunta sobre ambas. Es interesante la inclusión en una posición intermedia de los deseos de fecundidad, porque sobre todo en el embarazo adolescente el tema de la falta de alternativas y oportunidades a veces promueve deseos de maternidad. Y si se trata de un embarazo deseado, la mera oferta de anticonceptivos o el mero incentivo a una postergación de la iniciación sexual carecen de sentido.

Veamos ahora para terminar el caso de la segregación residencial socioeconómica. También es motivo de preocupación por su aparente aumento, por su asociación (SRS) con problemas urbanos de diverso tipo y por su encadenamiento con la reproducción de la pobreza. Y en la retina nacional y de las autoridades está anclada la imagen de Santiago como una ciudad altamente segregada, casi dual, y con una zona oriente homogéneamente afluyente (Láminas 14 y 15). Por ende, existe el natural llamado a actuar sobre este asunto (aunque normalmente no se especifica cómo actuar). De cualquier manera, este llamado choca con la evidencia de estudios especializados que muestran un descenso de la SRS según índices estándares (Lámina 16). Entonces la pregunta que surge atañe a los factores que explican esta tendencia. Y aquí aparecen las variables intermedias, ya que de manera directa la SRS sólo es afectada por migración, en particular intrametropolitana, por cambio estructural y por cambio vegetativo (Lámina 17). Las variables subyacentes tien-

la unión y de la iniciación sexual, promoviendo el uso de anticonceptivos, liberalizando el aborto, etc.) tiene efectos inmediatos.

Lo anterior presupone, por cierto, que las variables intermedias pueden ser objeto de intervención programática y deliberada mediante expedientes diferentes a la modificación de las variables subyacentes (por ejemplo, campañas mediáticas o educativas, ampliación de servicios de salud sexual y reproductiva, subsidio a anticonceptivos en el mercado, leyes de elevación de edad al matrimonio o legalización del aborto).

A continuación se mostrarán un par de aplicaciones prácticas de este enfoque, las que han sido efectuadas en el marco de investigaciones llevadas a cabo por quien expone durante los últimos 2 años.

En primer lugar, está la fecundidad adolescente que preocupa, porque tiene efectos adversos en varios planos: es refractaria al descenso, es muy desigual según grupos socioeconómicos y está mutando de contexto con un aumento considerable de la maternidad temprana en condiciones de pareja precarias o inexistentes (Láminas 9 y 10). Un rápido análisis empírico de esta fecundidad permite caracterizarla como muy culturalmente dependiente y con procesos de determinación específicos, diferentes a los de la fecundidad total (Láminas 11 y 12). Y finalmente a la hora de investigar cuantitativamente hay que modelar y hacer abstracciones con lo que se llega a una figura como la que se presenta en lámina 13, que combina variables subyacentes y variables intermedias.

Y lo que dicen los resultados de los modelos (CEPAL, 2005) es que tanto la iniciación nupcial y/o sexual temprana como la ausencia de uso de anticonceptivos influyen decisivamente en la probabilidad de ser madre adolescente (otras variables intermedias, como la esterilidad, no son relevantes en promedio). Y aquí se transita desde el campo técnico al político ideológico, porque actuar sobre una u otra variable intermedia divide posiciones, aun cuando no hay razón para descartar una intervención conjunta sobre ambas. Es interesante la inclusión en una posición intermedia de los deseos de fecundidad, porque sobre todo en el embarazo adolescente el tema de la falta de alternativas y oportunidades a veces promueve deseos de maternidad. Y si se trata de un embarazo deseado, la mera oferta de anticonceptivos o el mero incentivo a una postergación de la iniciación sexual carecen de sentido.

Veamos ahora para terminar el caso de la segregación residencial socioeconómica. También es motivo de preocupación por su aparente aumento, por su asociación (SRS) con problemas urbanos de diverso tipo y por su encadenamiento con la reproducción de la pobreza. Y en la retina nacional y de las autoridades está anclada la imagen de Santiago como una ciudad altamente segregada, casi dual, y con una zona oriente homogéneamente afluente (Láminas 14 y 15). Por ende, existe el natural llamado a actuar sobre este asunto (aunque normalmente no se especifica cómo actuar). De cualquier manera, este llamado choca con la evidencia de estudios especializados que muestran un descenso de la SRS según índices estándares (Lámina 16). Entonces la pregunta que surge atañe a los factores que explican esta tendencia. Y aquí aparecen las variables intermedias, ya que de manera directa la SRS sólo es afectada por migración, en particular intrametropolitana, por cambio estructural y por cambio vegetativo (Lámina 17). Las variables subyacentes tien-

den a operar mediante la migración y, por lo mismo, los investigadores de las metrópolis han puesto el acento en esta variable intermedia como explicativa de la baja de la SRS. Y sin duda los movimientos migratorios intrametropolitanos se han diversificado, tal como lo revela el procesamiento de los microdatos censales (Lámina 18), abonando a la idea de que estos movimientos son los que están reduciendo la escala de la SRS. Sin embargo, un examen sintético de todos los flujos intrametropolitanos muestra que esta migración en realidad acentúa la SRS (Lámina 19). Y por lo mismo, al buscar la variable intermedia explicativa del descenso de la SRS hallamos al cambio estructural y concluimos que las intervenciones sobre las corrientes migratorias intrametropolitanas son necesarias para atenuar la SRS. Y esto exige ahora identificar las maneras de influir sobre estas corrientes, lo que queda como asignatura pendiente.

Lámina 1

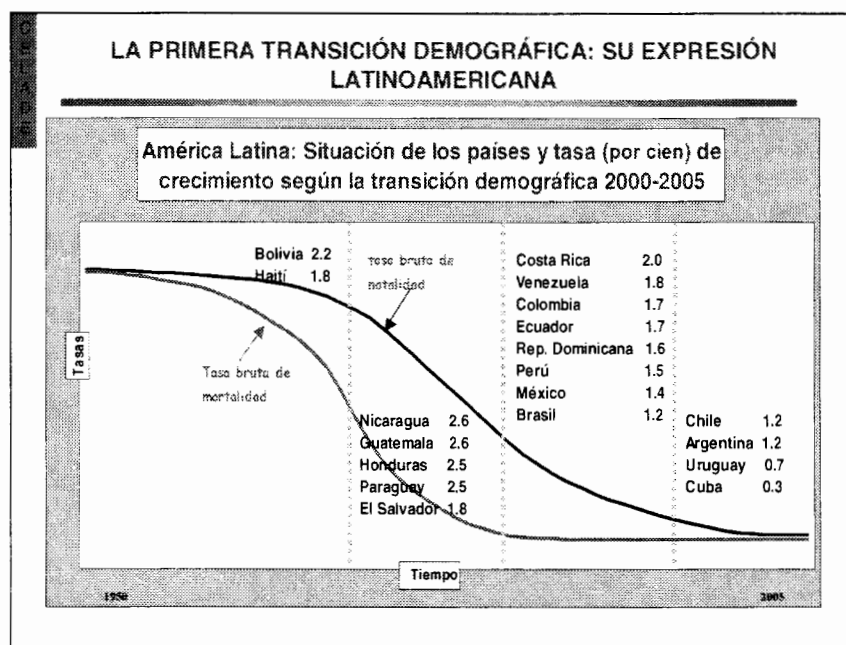


Lámina 2

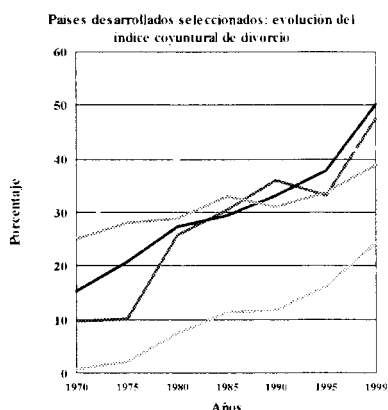
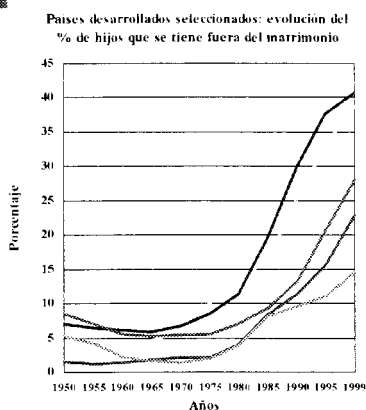
LA SEGUNDA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA

- **La segunda transición demográfica:** decisiones nupciales y reproductivas crecientemente reflexivas, que se definen de manera emancipada en función del proyecto de realización individual:

- (a) fecundidad sostenida bajo el nivel de reemplazo
- (b) incremento de la soltería
- (c) retraso del matrimonio
- (d) postergación del primer hijo
- (e) mayor frecuencia de la cohabitación
- (f) aumento de la proporción de nacimientos fuera del matrimonio
- (g) mayor frecuencia de rupturas matrimoniales
- (h) nuevas formas de familia

Lámina 3

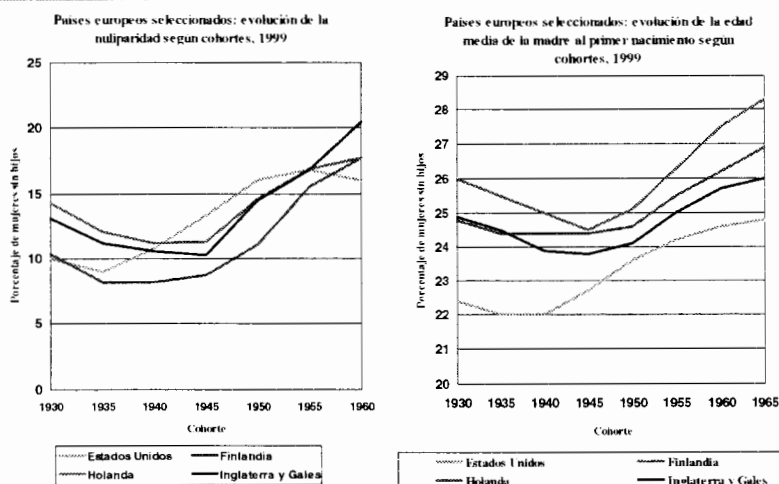
SEGUNDA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA: LA EXPERIENCIA EUROPEA



Fuente: Sardon, 2000, págs. 750-753.

Lámina 4

SEGUNDA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA: LA EXPERIENCIA DE LOS PAÍSES DESARROLLADOS



Fuente: Sardon, 2000, págs. 762-763

Lámina 5

SEGUNDA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA Y TEORÍAS SOCIOLÓGICAS: NEXOS

- **La modernidad reflexiva y la sociedad posmaterialista**
 - Revisión constante y radical de todo lo existente
 - Erosión de las instituciones modernas que daban seguridad ontológica
 - Incertidumbre, ambigüedad e inseguridad (Beck y Lau, 2005)
 - Proyecto individual y valores posmaterialistas
- **Los regímenes de bienestar**
- **Las relaciones sociales de género**

Lámina 6

SEGUNDA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA Y TEORÍAS SOCIOLOGICAS: PREVENCIONES

- Prácticas posmodernas en los países desarrollados pueden resultar tradicionales o subalternas en los países en desarrollo: el caso de la uniones consensuales
- La desigualdad económica, la coexistencia de transiciones y la diversidad de "sentidos" para un mismo epifenómeno
- Las promesas de la modernidad avanzadas chocan contra la realidad de limitaciones, vulnerabilidades, asimetrías, y precariedad generalizada en la región.

Lámina 7

EL ENFOQUE DE LAS VARIABLES INTERMEDIAS Y SU UTILIDAD

- El punto de partida: modelos sociales para estudiar la reproducción humana
- Dos aplicaciones actuales:
 - La fecundidad adolescente
 - La segregación residencial socioeconómica

Lámina 8

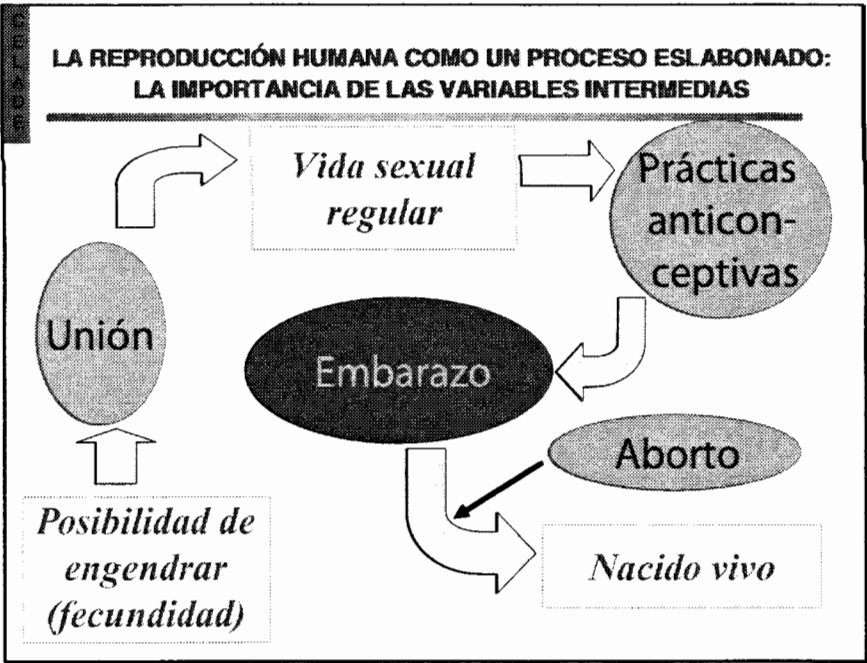


Lámina 9

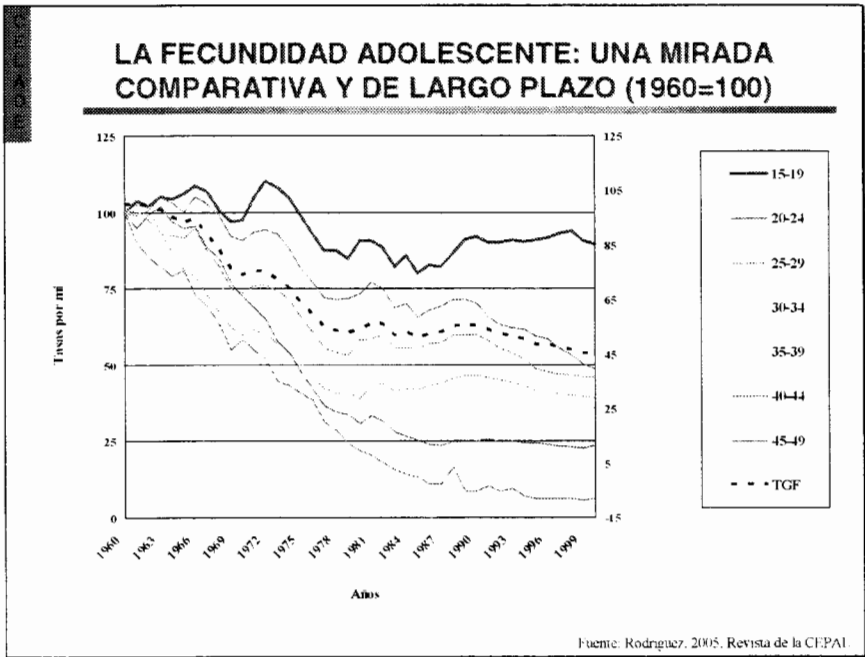


Lámina 10

CHILE: MUJERES DE 15 A 19 AÑOS SEGÚN CONDICIÓN DE MATERNIDAD, 1982, 1992, 2002

1982			
Sin hijos	Con hijos	NS/NR	Total
65.80	10.96	23.23	100.00
1992			
Sin hijos	Con hijos	NS/NR	Total
68.96	11.64	19.40	100.0
2002			
Sin hijos	Con hijos	NS/NR	Total
67.89	12.30	19.81	100.0

Fuente: Rodríguez, 2005, Revista de la CEPAL

Lámina 11

LAS MARCADAS ESPECIFICIDADES NACIONALES Y CULTURALES DE LA FECUNDIDAD ADOLESCENTE

País y año	Mujeres de 15 a 19 años madres o embarazadas por primera vez	Tasa específica de fecundidad grupo 15-19	Tasa global de fecundidad
Ghana 1998	14.1	88.3	4.4
Niger 1998	43.1	217.8	7.2
Jordan 1997	5.7	43.1	4.4
Bangladesh 99/00	34.7	144.1	3.3
India 1998/99	20.6	107.1	2.8
Philippines 1998	7.2	45.7	3.7
España, 2000	-	9.0	1.2
Francia, 2000	-	-	-
Estados Unidos, 1999	-	49	2.1
Bolivia 1998	13.7	83.9	4.2
Brasil 1996	18.0	86.3	2.5
CHILE, 2002	12.3 (sólo madres, 2002)	64.1 (2000)	2.2 (2000)
Colombia 2000	19.1	84.8	2.6
Haiti, 2000	18.0	86.3	4.7
Nicaragua, 1997/98	27.0	130.1	3.6
Perú, 2000	13.0	66.2	2.8
Rep. Dominic, 1999	20.8	97.2	2.7

Fuente: www.mcasurochis.com y United Nations, 2004

Lámina 12

**LAS MARCADAS ESPECIFICIDADES NACIONALES Y CULTURALES DE LA FECUNDIDAD ADOLESCENTE:
CORRELACIONES SIMPLES ENTRE TASAS ESPECÍFICAS Y TGF**

Tasa específica del grupo de edad	Total mundial	América Latina y el Caribe
15-19	0.700	0.330
20-24	0.837	0.837
25-29	0.959	0.980
30-34	0.953	0.928
35-39	0.934	0.900
40-44	0.907	0.889
45-49	0.863	0.688

Fuente: Rodríguez, 2005. Revista de la CTPAI.

Lámina 13

**VARIABLES INTERMEDIAS Y SUBYACENTES:
UN MODELO SIMPLIFICADO**

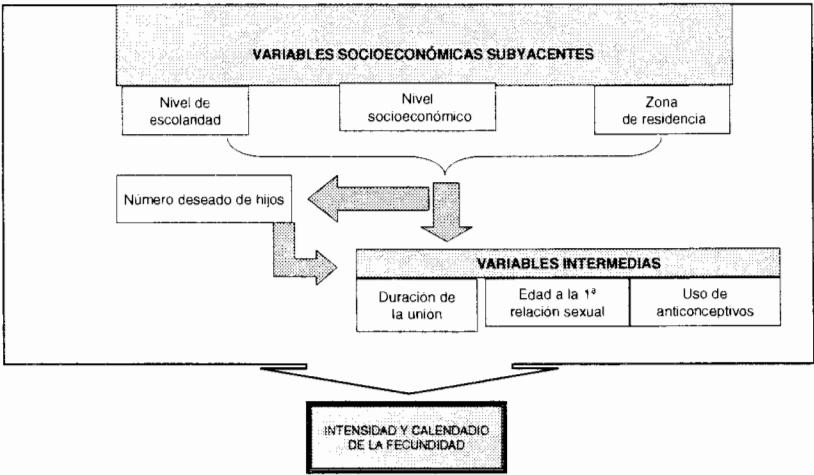


Lámina 14



Lámina 15

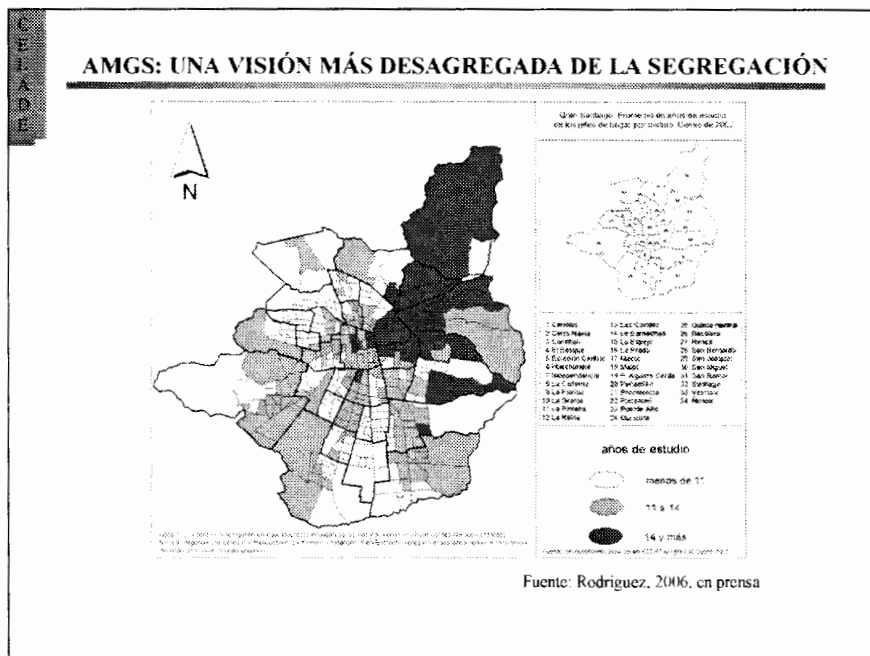


Lámina 18

AMGS: DESPLAZAMIENTOS NOVEDOSOS DESDE EL NICHOS HISTÓRICO DE LA ELITE HACIA COMUNAS PERIFÉRICAS POBRES

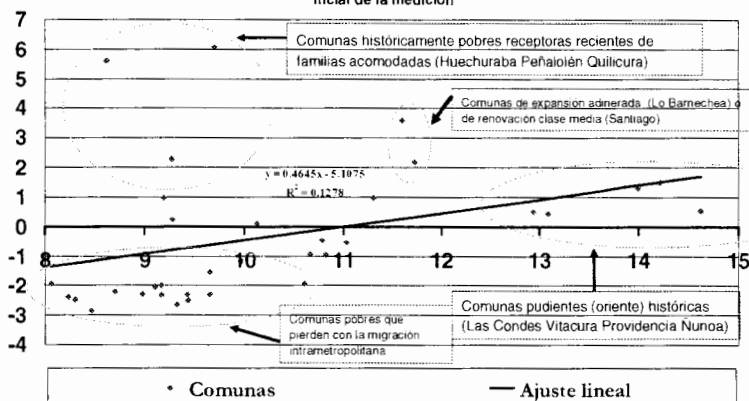
Año censal y lapso de referencia	Vitacura					Las Condes				
	Peña- lolen	Huechu- raba	Lo Bar- nechea	Santi- ago	La Gran- ja	Peña- lolen	Huechu- raba	Lo Bar- nechea	Santi- ago	La Granja
1982 (1977-1982)	87	29	45	284	68	804	158	77	1 989	458
1992 (1987-1992)	70	8	1 198	215	39	844	147	8 083	1 968	364
2002 (1997-2002)	317	836	3 725	533	35	2 548	1 812	5 830	2 043	164

Fuente: cálculos basados en MIALC

Lámina 19

MOVILIDAD INTRAMETROPOLITANA Y SEGREGACIÓN: EL COMPLEJO EFECTO DE LOS DESPLAZAMIENTOS DENTRO DE LA CIUDAD

Gran Santiago 1997-2002: Efecto (%) de la migración entre comunas sobre la escolaridad media comunal de los jefes de hogar según escolaridad media comunal de los jefes de hogar en el momento inicial de la medición



Fuente: cálculos basados en MIALC

Lámina 20

AMGS. COMUNAS RICAS Y POBRES SELECCIONADAS. EVOLUCIÓN DE LA
EDUCACIÓN PROMEDIO DE LOS JEFES DE HOGAR (1992-2002)

Variable	Comuna	Cambio en el tiempo	Comuna	Cambio en el tiempo
Promedio de escolaridad de los jefes de hogar	La Reina	6.5	Cerro Navia	13.8
	Las Condes	5.2	Huechuraba	26.6
	Ñuñoa	9.4	Lo Espejo	12.3
	Providencia	7.0	La Pintana	8.6
	Vitacura	1.0	Renca	11.7

Fuente: procesamiento especial de los microdatos censales